

EL
MAYORDOMO
y la DAMA

VERONICA LOWRY

EL
MAYORDOMO
y la DAMA



VESTALES

© Editorial Vestales, 2014

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Lowry, Veronica
El mayordomo y la dama, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2014.
416 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-70-1

1. Narrativa. 2. Novela . I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-1405-70-1

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Dedico las aventuras de Alex y John a tía B.,
quien con cariño me enseñó el camino
que ahora emprendo.*

CAPÍTULO I

SE DETUVO ANTE LA ALTA REJA DE HIERRO TRABAJADO QUE servía de acceso a la mansión céntrica conocida como Denham Hall, calle Mulberry 22, en el exclusivo barrio londinense solo habitado por la más rancia nobleza inglesa. Aun estando a una distancia de unos cien metros de la construcción, pudo admirar la clara y sencilla elegancia del diseño del enorme edificio de piedra color de arena de cuatro plantas y la calidad de los materiales usados en su discreta decoración exterior. No pudo dejar de maravillarse con la bella avenida de entrada, de césped perfectamente cuidado, flanqueada por altos árboles de copas entrelazadas que llevaban desde la reja, donde se destacaba la inicial familiar hecha en oro, hacia la entrada principal en la que dos leones echados sobre bajas y anchas pilastras custodiaban la magnífica puerta de dos hojas hecha en madera del más fino roble. En cada una de ellas podía verse también una letra D enmarcada ovalmente por hojas de laurel diminutas talladas con delicado esmero. Incluso la entrada de rejas que usaba la servidumbre, y que estaba a unos dos metros de donde se hallaba parado, tenía la misma identificación. Altos muros, que complementaban los espacios entre rejas, protegían parcialmente de la vista de los curiosos la vida íntima de los habitantes de la mansión. Desde ese punto de observación pudo divisar por la reja de servicio, a la izquierda del camino de acceso, el establo y la cochera, que más parecían una casa de familia de la baja burguesía que el depósito de los cuatro coches y los diez caballos de la mansión, según las pocas

averiguaciones que había podido hacer antes de dirigirse hacia allí. Todo construido en ladrillo y madera, tenía hacia la reja las puertas de entrada a los establos, debidamente identificadas con la mencionada inicial, y sin duda, la salida de carruajes del lado opuesto, conectada a la entrada principal.

Aroma a Aristocracia con A mayúscula.

Suspiró. Por fin podría tomar el control de su vida y relajarse haciendo aquello para lo que había sido entrenado desde muy pequeño.

Irguió los hombros, sacó pecho mientras tomaba aire, volvió a la reja principal, la empujó y cruzó la entrada. Caminó a paso vivo, inspirando con energía el aire fragante que emanaba del lado derecho del camino que daba a la casa. No pudo dejar de detenerse, al menos una fracción de minuto, para admirar el florido jardín de estilo francés con setos y bancos de piedra que se entreveía por detrás de los troncos de los árboles del camino de acceso. Retomó rápidamente su caminata hasta la explanada de entrada para demorarse, una vez allí, a evaluar con ojos apreciativos la escultura de dos magníficos leones yacentes que custodiaban la casa en aparente calma. Luego avanzó y subió el pequeño tramo de seis escalones con paso medido y digno. Se paró algo sobrecogido ante la gran entrada de madera lisa y resplandeciente, repasó su atuendo y, una vez conforme, llamó a la puerta usando una bella y ornamentada campanilla lateral. Después de varios minutos de espera, mientras sostenía la postura y el gesto correctos, una mujer le abrió. Al instante, se dio cuenta de que por la excitación del momento tan ansiosamente deseado, había cometido su primer error: debía haber llamado a la puerta de servicio. Tomó conciencia de ello cuando vio que había sido atendido por una anciana elegantemente vestida y con un porte de distinción que hablaba a las claras de su posición en la vida.

—¿Sí? —le preguntó con un muy perceptible fastidio en el aristocrático tono de su aristocrática voz.

—Soy John Brighton, milady, el nuevo mayordomo —dijo mientras se quitaba el sombrero y hacía una corta y precisa reverencia tratando de cubrir su embarazo por la equivocación cometida.

El desagrado en el rostro de la mujer mayor fue más que evidente.

—Creo que confundió la puerta entonces —le señaló mordaz y altiva.

—Mis disculpas —volvió a inclinarse levemente—. No conozco la casa todavía y temo que no sé dónde se encuentra la de servicio —mintió sintiéndose muy mal porque esta fuera su primera actitud hacia la casa en la que debía servir y a la que debía ser leal.

—Donde están siempre, presumo —comentó la mujer con acidez mirándolo desde arriba—. Bien, entre. Lo esperábamos hace dos días.

La dama se dio vuelta; lo dejó pasar y cerrar la puerta.

—Lady Denham hablará con usted en breve. Espere aquí.

Con el agradecimiento interno de que esa mujer no fuera su señora inundándolo por completo, se dirigió a un costado del gran *hall* al que había accedido y donde había una pequeña mesa de mármol y hierro finamente labrado junto a dos sillas primorosamente tapizadas bordadas con hilos de oro. Dejó su sencilla pero cuidada maleta junto a la pared. Se quedó de pie, a la espera, con el sombrero en una mano y su pequeño maletín personal en la otra, quieto, serio y tranquilamente digno como le habían enseñado, pero demasiado consciente por dentro de su primer error.

Mientras esperaba, echó una mirada evaluativa al amplio *hall* de entrada con pisos de mármol italiano en tonos ocre que desembocaba a la distancia en un inmenso salón abierto de increíbles ventanales de dimensiones poco comunes, enmarcados por altísimos cortinados de terciopelo color verde seco claro y dorado, que daban a lo lejos a lo que parecían más jardines de gran verdor e increíble belleza. A esa hora del día la luz todavía permitía apreciar la increíble magnificencia del lugar apenas interrumpida por pocas y escogidas muestras de arte, esculturas, muebles y cuadros, que evidenciaban a sus ojos entrenados en los mejores hogares de Londres, un gran valor material e histórico.

Perdida la vista en los tesoros de su futura residencia laboral, recordó la excitación que le había producido saber que había conseguido ese puesto. Su señoría, lord Ballington, a quien había servido

como ayuda de cámara los últimos cuatro años, lo había mandado a llamar hacía una semana para decirle que existía la posibilidad de cubrir una posición en Denham Hall, hogar de los duques de Deringham, cuyo título databa del siglo trece y que, si era de interés para él, podía respaldarlo. Brighton había recibido en ese momento, de primera mano, un encendido elogio hacia sus habilidades laborales y un agradecido, y no por ello menos encendido, murmullo sobre sus “otras cualidades” (es decir, su absoluta fidelidad y su silencio definitivo sobre las aventuras y deudas de juego del marqués como así también sobre los rescates en burdeles y tabernas, y la creación de explicaciones de gran inventiva ante la marquesa cuando indagaba sobre el porqué del estado “delicado” de su marido después de alguna salida particularmente “difícil” la noche previa). Cuando Brighton había preguntado sobre el tipo de trabajo que se solicitaba, no había imaginado ni por un momento que el puesto era el de mayor rango imaginado: mayordomo a cargo de la antiquísima mansión Denham de la dinastía Deringham. Con sentidas disculpas hacia el marqués, le aseveró tan válidamente como pudo que, de no haber sido por un puesto así, jamás se postularía dada su preferencia por la protección de lord Ballington. Dicho lo anterior, Brighton le pidió que diera referencias para la posición.

Así lo hizo el marqués y, para sorpresa del propio interesado, las referencias fueron aceptadas por lo que se lo esperaba en Denham Hall no para una entrevista, sino para hacerse cargo de inmediato del puesto. Ni siquiera tuvo tiempo de ver a su padre o a su abuelo para hablar con alguno de ellos sobre las exigencias del nuevo trabajo y, de paso, para hacerles ver que él también podía pertenecer a lo más alto del servicio doméstico. Pensando en este asunto, recordó haber meditado acerca de que, sin duda, la presteza en contratarlo había tenido mucho que ver con el peso de su nombre. Aun así, esa era la oportunidad de su vida e iba a aprovecharla.

Atrás quedaban los muchos años –treinta, para ser exactos– de rígido entrenamiento al que había sido sometido por su estricta familia y los años de servicios en puestos de cada vez mayor importancia. Saber servir con dignidad, decoro, respeto y fidelidad era la enseñanza que todos los Brighton varones recibían desde que

comenzaban a gatear. Su abuelo, su padre, su tío y sus primos eran reconocidos como el epítome del mayordomo. Los miembros de las grandes casas se peleaban por contar con sus servicios, reconocidos por todos como sustentados sobre la más absoluta lealtad, excelencia y reserva, condiciones tan poco comunes entre quienes servían a la aristocracia que resultaban, en consecuencia, tanto más valoradas y bien remuneradas. En breve, sabía que formaba parte de la nobleza de la alta servidumbre y que debía honrar su legado.

Hizo que su cabeza volviese al momento presente, y se concentró para tranquilizarse a fin de no cometer más errores como el de un rato atrás. Hizo su mayor esfuerzo para ponerse en “mente de mayordomo”, como él se decía cuando vacilaba, cosa que le sucedía con alguna frecuencia, debía admitir. A pesar del enorme esfuerzo que hacía cuando estaba con los miembros de su familia, tenía que reconocer que actuar como mayordomo no le era tan natural como genéticamente debería. Trató de dejar de pensar en eso por el bien de su futuro trabajo.

El sonido de unos pasos firmes le llamó la atención y miró nuevamente hacia el *hall* de hermosos pisos de mármol italiano en el que desembocaban tres puertas de madera exquisitamente talladas. De una de ellas, venía una mujer que se aproximaba a los treinta y pocos años, baja, con una actitud fresca, aun así digna y graciosa, y para nada envarada, con un sobrepeso bien distribuido en cadera y pecho, vestida con sencillez, pero con ropas de excelente calidad y corte. Llevaba suelto el lacio cabello castaño oscuro, que le llegaba hasta la altura de los hombros, apenas adornado con una cinta verde oscura a modo de vincha y usaba anteojos pequeños apropiados a su rostro algo redondeado, pero de rasgos muy aceptablemente agraciados.

—Usted es el mayordomo que recomendó el marqués de Ballington, ¿verdad? —le preguntó en tono grave y suave, mirándolo directamente a los ojos y dirigiéndole una sonrisa franca que al hombre le pareció deliciosamente dulce.

—John Brighton, señora, a sus órdenes —respondió con formalidad externa y una inclinación leve de su cabeza, pero con una

sensación rara en su interior, quizás motivada por la elección del término “deliciosamente”.

—Ajá. Soy lady Denham, Alexandre es mi nombre de pila, y usted trabajará para mí.

—Sí, milady —Brighton se inclinó de nuevo respetuosamente, encantado con la suavidad de la mujer. De cerca podía apreciar un encanto particular que se definía sobre todo en sus ojos. Su mirada era el ofrecimiento inocente de toda la dulzura y tibieza de que ella era capaz y sugería algo más que Brighton no podía descifrar todavía, pero que ejercía un premonitorio encanto sobre él.

—Pase por aquí, señor Brighton. Me presentará sus referencias, hablaremos de sus funciones y, luego, la señora Cooper, el ama de llaves, le mostrará la casa y lo acomodará. Descarto que, por sus antecedentes familiares, contaré con su absoluta discreción sobre cualesquiera fueren mis asuntos privados y con su lealtad también. —Brighton asintió brevemente en actitud que garantizaba el futuro proceder—. Desde ya, a cambio, recibirá toda la protección y ventajas personales y económicas que su posición en esta casa le otorgarán. Un claro *quid pro quo*, señor Brighton.

—Así será, milady —convino con otro gesto breve de asentimiento.

Los dos entraron a una sala de recibo de elegante apariencia y reciente uso cotidiano. Lady Denham tomó asiento en uno de los sillones individuales ricamente tapizados con brocados franceses y le mostró a Brighton el otro enfrentado para que lo usara. Con indecisión, el hombre se acercó al sillón y se sentó en el borde con gesto rígido, la espalda recta, cada mano con la palma apoyada en la pierna respectiva, el sombrero en el apoyabrazos y su maletín tras él. Lady Denham trató de ocultar una sonrisa ante la imagen del hombre, pero Brighton la descubrió, la miró a los bellos ojos y empezó a sentirse más nervioso. ¿Qué le estaba pasando con esa mujer? Era la tensión de la nueva situación, debía controlarse.

—A medida que nos conozcamos, afinaremos esta relación nueva para ambos —dijo lady Denham para calmarlo un poco e hizo una pausa—. Bien, veré sus referencias.

Brighton giró con movimiento decidido y rebuscó en su pequeño maletín personal de cuero negro que había traído con él a la sala. Sacó media docena de cartas prolijamente clasificadas y se las extendió con deferencia a lady Denham.

Mientras ella leía las cartas, Brighton volvió a tomar asiento y se puso a pensar qué había querido decir la noble con “nueva” relación para ambos. Su padre no había podido hablarle sobre los antecedentes de su actual empleadora dada la urgencia con la que debió hacerse cargo del puesto, además del hecho de que el hombre mayor se encontraba en ese tiempo sirviendo en Escocia. Tendría que preguntarle a esa señora Cooper que había mencionado lady Denham. Esperaba que el ama de llaves fuera de buena disposición y que se llevaran bien, ya que la iba a necesitar; al menos, los primeros tiempos hasta acomodarse.

—Señor Brighton, veo que este es su primer trabajo como mayordomo a cargo.

—Sí, milady.

—Interesante; coincidentemente, debo señalar que usted será para mí mi primer mayordomo. Ambos deberemos acostumbrarnos, ¿no es así? —preguntó con una amable sonrisa confiada.

—No dudo de que pondremos lo mejor de nosotros para facilitarnos la tarea, milady —corroboró con seriedad.

—Bien dicho —hizo un alto pensativa—. Parece que decidió seguir la noble tradición de su familia —apuntó a continuación con un tono que Brighton no pudo descifrar si era amable o divertido—; ¿nunca se planteó otra carrera para su vida?

Brighton se sobresaltó.

—No, milady; no lo consideramos, es decir, no lo consideré una opción.

—Ya veo —comentó y le dirigió una mirada evaluadora profunda e inteligente.

Un ruido interrumpió la extraña conversación. Brighton agradeció que así fuera; no se le había enseñado a plantearse opciones laborales, y no estaba mentalmente preparado para una charla de estas características. Sintió la presencia silenciosa y eficiente de

un par en el servicio; giró la cabeza hacia la puerta de la sala en la que estaban reunidos: allí vio a una mujer de edad, delgada, estatura promedio y gesto agradable, vestida con los típicos ropajes severos y sencillos de un ama de llaves.

—Ah, señora Cooper, pase —dijo lady Denham—; este es el señor John Brighton, quien se hará cargo del puesto de mayordomo. Por favor, muéstrela su habitación y sea tan amable de explicarle el funcionamiento general de la casa.

Se detuvo, dobló las cartas y se las devolvió a Brighton mientras fijaba su mirada en él. La mujer se descubrió sonriéndole nuevamente con calidez, embargada por una sensación indescriptible que la estremeció por dentro; entonces su mirada se veló por un segundo, agobiada por el rechazo de ese extraño sentimiento momentáneo. Frunció apenas el entrecejo en una clara marca de duda y luego sacudió con suavidad la cabeza para despejar su mente de esos pensamientos. Volvió a sonreír queriendo hacerlo de forma neutra, pero no pudo controlar su reacción y la sonrisa fue cálida y abierta.

—Bienvenido.

—Gracias, milady, espero retribuir su confianza al darme este puesto.

Parpadeó varias veces, asombrado internamente con la belleza de los ojos chispeantes de su empleadora y su sonrisa franca de hermosos dientes blancos, pequeños y parejos.

—Sí, claro. Bueno, hoy acomódese y mañana empiece con sus funciones. Descanse bien esta noche.

—Gracias, milady, es muy amable de su parte —dijo Brighton más relajado por el fin de la reunión y la gentileza de lady Denham. Tomó su maletín personal junto con su sombrero y, después de una leve reverencia, se retiró tratando de dar una imagen de severidad y dignidad profesionales. Una vez en el *hall*, recuperó la maleta y siguió con pasos alegres y ligeros a la señora Cooper hacia los terrenos de su nuevo dominio.